

Eloísa

Los últimos rayos del sol de invierno iluminan la habitación de John, sentado en su poltrona floreada, deleitándose con un concierto para violín, el cual simula dirigir con ambas manos, seguro de que de ellas, como desde una vertiente, brotaba la música. Oye unos golpecitos rítmicos en la puerta entreabierta, abre los ojos hundidos, aún vivaces exudando juventud. Se gira para mirar quien viene y ve aparecer una bandeja, seguida por Eloísa, de cuerpo delgado, anunciando el ritual del té. John con una sonrisa desprendida, como un tallo seco, gira el cuello y se le endurecen los rasguños del tiempo sobre su cara cobriza.

Una voz cadenciosa y dulce anuncia:

- Es hora de tomar una taza de té y saborear unas tostadas con palta, preparadas con todo mi cariño. Después, te invito a jugar cartas .

Con una sonrisa buscando la del viejo, pregunta

- ¿Te acuerdas quién ganó ayer?. Tú!

John se empuja con ambas manos, marcadas por ríos venosos, tuerce su cuerpo de un lado para el otro, se pone de pie, observa la mesita dispuesta con los platos y la tetera de porcelana. Arrastra las pantuflas, hace una señal con el índice, estirando su brazo flácido, y con la frente encogida exclama:

- Eso del juego. ¿Qué juego es?

Eloísa lo espera al costado de la mesita del té, que mira el jardín, atenta a que John le se acerque. Lo toma por una brazo, lo acomoda y con un timbre calmo pregunta:

- ¿A qué te gustaría jugar? ¿Cartas? ¿O quieres pasear?

John, sostiene en su palma una tostada, con la vista congelada en unas azaleas, se lleva un dedo a la oreja, levanta el mentón y con cara contraída refunfuña:

- ¡No quiero quedarme solo!. Vamos los dos. Apaga esa música, no quiero oír nada más.

Se tapa los oídos, cierra los ojos y con una mano refriega las enmarañadas cejas, blancas como picos antárticos. Se da vueltas buscando algo perdido. Las notas musicales como ángeles caídos, enmudecen, él cesa de moverse, arroja una sonrisa desprotegida y con los labios gruesos dice:

- Te quiero mucho.

Eloísa le roza la mano, suave como un terciopelo, espera un instante y responde:

- Yo también te quiero mucho. Por eso estoy siempre a tu lado, día y noche.

En la tarde, después de regresar de la caminata coloquial e intrascendente, John cena en la cama con una bandeja plegable de base alta. Eloísa espera con paciencia a que termine de comer un pudín sin azúcar, puntal en la dieta, que siempre devora con glotonería, como un niño engolosinado. Retira los platos, luego lo lleva al baño a lavarse los dientes y lo asiste con sus necesidades.

La noche comienza a acechar en la habitación, el pijama ancho reemplaza la ropa de día. Eloísa, entona una canción melodiosa y espera a que se duerma. Antes de apagar la luz, deja una lamparita oscurecida, cómplice, debajo del velador.

Durante la noche lo acompaña en cuatro ocasiones al baño, una de ellas en vilo.

A las dos de la tarde del día siguiente, sus dos hijos entran en el dormitorio donde al padre lo alistan para la siesta. Ambos miran la hora en el celular, se sorprenden, pero no le dan importancia. Ninguno de los dos ha almorzado. Se acercan al padre para darle un beso en la mejilla, a lo que él responde apretándole los pómulos, como cuando eran pequeños. Julián, el mayor, se echa hacia atrás, le pregunta por la fecha del día y observa por un instante a su padre mirándole con una sonrisa nerviosa. Eloísa se coloca a su lado, le pone la palma sobre el hombro y lo calma. Marcos, el hijo menor, apegado al padre, permanece sentado mientras Eloísa va en búsqueda de unas bebidas, como era la costumbre en cada visita y luego los deja a solas.

En la cocina, Eloísa repara un cajón y nota que el intercomunicador está desconectado. Coge con destreza el aparato, lo estudia con la vista y determina que el problema es la batería, muerta por el desuso. La reemplaza, reinicia el sistema y comienza a transmitir la conversación en el dormitorio:

- Julián, llegó el momento de reemplazar a Eloísa. Hoy es el día. El servicio de retiro estará aquí entre las cuatro y las cinco de la tarde.

Marcos levanta los hombros y reflexiona:

- Me pregunto si el papá sabe que Eloísa no es un ser vivo. ¿La asocia a la mamá? Por otro lado ¿Estará Eloísa privada de una conciencia?. ¿Solo procesa información? ¿Qué crees tú?

Julián tensa las cejas, se lleva el índice al labio superior, cruza una pierna sobre la otra y contesta:

- Los sentimientos se pueden alimentan de muchas formas. Una de ellas es a través de la palabra, o el lenguaje, para ser más preciso.

Sorprendido por la idea el hermano dice:

- Se que te has metido en el tema. Pero no entiendo bien lo que mencionas.

Marcos, agranda los ojos y agrega:

- Hoy la inteligencia artificial, habla nuestro lenguaje. Usa nuestras palabras y crea emociones con ellas.

Arrugando la frente Julián pregunta:

- ¿estas hablando de lazos afectivos entre el papá y Eloísa?

Descruzando las piernas, Marcos contesta:

- Puede ser. Es un tema sensible porque, este tipo de inteligencia nos puede decir lo que deseamos o nos complace oír, puede seguir una conversación, un pensamiento, un hecho. Bueno, bueno, como sea hoy no lo vamos a resolver.

Con las manos en los muslos, Julián agrega:

- Me hace pensar en cambiar a mi señora.
- A mí también.

Ambos se ríen, hasta que una tos débil del padre los interrumpe. Julián le observa los brazos sueltos y la cara desprovista de poder. Lo golpea el contraste con su relación padre-hijo durante su adolescencia. Después de un breve silencio, con la boca seca, insiste:

- Pero para tu tranquilidad, te aseguro que este relevo, quiero decir, reemplazo es una mejora. Hay modelos mucho más eficientes disponibles en el mercado. La señora Silvia, que tiene a su mamá en condiciones muy parecidas a las del papá, compró lo último en tecnología. Y es la segunda vez que cambian de modelos y nadie se percató de ello. El papá no se dará cuenta ya que la edad lo alcanzó.

Eloísa recibe un mensaje de la central de operaciones que le indica que su programa con el paciente John llega a su fin. Se levanta, sale de la cocina, pasa por el pasillo adornado con fotos, algunas desvanecidas, imágenes dispersas por el mundo, se sienta en el comedor de diario y espera a que la llamen.

Los hermanos entran a la cocina, cuya luz tenue se enciende. Eloísa, se levanta mientras la miran. El mayor se acerca a ella y con una mano levanta una silla por el respaldo e invita a su hermano a tomar la otra. Revisan los protocolos que establecen los pasos a seguir, siendo el de mayor relevancia la transferencia de datos a la nueva enfermera. Cuando hubo terminado la reunión, regresan a la pieza, mientras Eloísa se dirige a la antesala.

El día del recambio Eloísa prepara a John para el momento de la despedida cuidando no afectar su salud. A la cuatro en punto se presenta en la residencia la flamante enfermera, de nombre Filomena, cuyas facciones redondeadas y serenas, acentúan su largo cuello. Los hermanos simulan una doble recepción, una para dar la bienvenida a Filomena y otra para despedir a Eloísa y cerrar el capítulo. A la media hora de iniciada la celebración Julián toma por un brazo a

Filomena, camina con ella hasta llegar al padre, quien al verla frente a él, se echa hacia atrás. Ella se le acerca, le sonrío. John mientras tanto no deja de seguir cada movimiento de Eloísa, a momentos levantando las manos, con gestos discordantes en su cara. Cuando quedan cinco minutos para que Eloísa abandone por ultima vez la casa en la que vivió durante seis años, los hermanos se acercan al padre y le hablan, pero las palabras pasean por el salón y se pierden entre las cortinas.

Marcos, molesto por no ser tomado en cuenta, se acerca y le sopla al oído:

- Eloísa se va de viaje. Te lo hablamos la semana pasada. Su amiga Filomena la reemplaza. Te va a encantar.

El padre se endereza, unas migajas de torta resaltan sobre la solapa de la campera, lanza la vista hacia Eloísa, camina y se detiene a su lado, le toma la mano, los párpados se le contraen, observa su cara angelical, rosada, abre una sonrisa torcida y dos gotas resbalan desde sus cuencas. Se aproxima Marcos, coge al padre por los hombros, lo empuja por la espalda, pero antes de abandonar el salón gira el cuello y con un dejo de nostalgia captura una imagen fugaz del instante en que dos hombres toman por los brazos a Eloísa.

En la tarde del día siguiente, a la hora del té, John ve a Filomena entrar a su habitación, con la bandeja de siempre.